

Lecturas feministas de la reproducción social. Un debate situado en tiempos de neoliberalismo pandémico

Feminist Readings of Social Reproduction.

A Debate Set in Times of Pandemic Neoliberalism

Julia Esperanza Expósito

Universidad Nacional de Rosario. CONICET.

Correo electrónico: expositojuan@gmail.com

Resumen:

En tiempos de pandemia global se vuelve evidente aquello que los feminismos vienen diciendo hace tiempo: la crisis y su posibilidad de transformación radica en generar un diagnóstico profundo de los modos actuales de la re-producción social, que se agudizan al confinarnos en lo doméstico mediante un borramiento de la demarcación entre la jornada laboral formal y el trabajo reproductivo, fundiéndose en un sin fin de temporalidades múltiples y complejas donde la (auto)explotación y el (auto)control juegan un papel central. Con el objetivo de aportar a este diagnóstico, proponemos en el presente artículo abordar las implicancias teóricas que tiene para los feminismos marxistas asumir un debate respecto a la reproducción social, prestando principal atención a las diferencias y disputas hacia dentro de estos feminismos en cuanto a la capacidad del trabajo reproductivo de producir valor. Esto nos conduce a interrogar la relación material entre capitalismo, patriarcado y colonialismo y su actualización neoliberal en tiempos pandémicos.

Palabras clave: Feminismos, reproducción, trabajo, valor, capitalismo

Abstract:

In times of global pandemic, what feminisms have been saying for a long time becomes evident: the crisis and its possibility of transformation lies in generating a profound diagnosis of the current modes of social re-production, which are exacerbated by confining ourselves to the domestic sphere, through a blurring of the demarcation between the formal working day and reproductive work, merging into an endless number of multiple and complex temporalities where (self) exploitation and (self) control play a central role. In order to contribute to this diagnosis, we propose for this article to address the theoretical implications that it has for Marxist feminisms to assume a debate regarding social reproduction, paying primary attention to the differences and disputes within these feminisms regarding the ability of reproductive work to produce value. This leads us to question the material relationship between capitalism, patriarchy and colonialism, and its neoliberal updating in pandemic times.

Keywords: Feminisms, Reproduction, Work, Value, Capitalism

Anacronismo e Irrupción, Vol. 10, N° 19
(Noviembre 2020 – Abril 2021): 72-107

 Dialnet  REDIB 

Fecha de Recepción: 04/06/2020
Fecha de Aceptación: 16/07/2020
ISSN: 2250-4982

Introducción

Nos encontramos atravesando el futuro distópico que algunxs veníamos disfrutando desde salas de cine, o en libros, o desde nuestras computadoras; que otrxs afirmábamos como una realidad inminente y cercana si seguíamos produciendo y reproduciendo la vida tal como la conocíamos; y que otrxs surcábamos como una realidad que ya estaba operando desde hace rato. Sin embargo, ni unxs ni otrxs imaginamos que ese futuro nos encontraría con el estallido de una pandemia global y mucho menos con la implementación de una cuarentena que nos obligaría a dejar de juntarnos, abrazarnos, besarnos, tocarnos, movilizarnos y contagiarnos de eso tan singular que se produce en el encuentro de los cuerpos presentes. Menos aún sospechábamos que nos enfrentaríamos a la pregunta por las posibilidades de resistencia y de futuro que nos habilita este tipo de vínculo social atravesado por el aislamiento de nuestras vidas en común pero aún puestas a trabajar para el capital.

La respuesta no es nada sencilla dado que, en primer lugar, habitar una distopía nos retira la posibilidad de pensar y sentir el futuro, o bien la contingencia de la futuridad queda clausurada de los cuerpos en los presentes distópicos. Vivimos en ella, solo en ella, no hay más “normalidad” a la que volver ni futuro feliz al que arribar. La violencia del aislamiento se vuelve atmosférica y vibra en la epidermis colectiva. Violencia que, en contextos de cuarentena, se sostiene en la ilusión de la virtualidad compartida. Ilusión que nos aliena en un *como sí* colectivamente estuviéramos atravesando este proceso, aunque nos confina a trabajos cada vez más aislados y nos distancia socialmente. En segundo lugar, confinarnos en lo doméstico –en sus múltiples y desiguales modos– implica que estalle la demarcación precisa entre nuestra jornada laboral, nuestro tiempo de ocio y reproducción y las funde en un sin fin de temporalidades múltiples y complejas donde la (auto)explotación y el (auto)control juegan un papel central en los modos disciplinarios de nuestros trabajos y en las formas contemporáneas de producción y realización de valor.

Sin embargo, este aislamiento no es un lugar nuevo y desconocido para mujeres y feminizadas, sino que es una lógica de explotación y opresión del trabajo, del tiempo, de los cuerpos y subjetividades que los feminismos vienen pensando y debatiendo hace tiempo. No sin profundas discusiones y polémicos debates, tanto hacia dentro como hacia afuera del movimiento, han afirmado que el entramado socio-económico y político del capitalismo no puede ser comprendido sin su carácter patriarco-colonial. Es decir que la explotación de la clase no puede desligarse de las distinciones sexo-genéricas, raciales, nacionales y etarias y que, por tanto, la reproducción social es constitutiva de las relaciones de clases.

Los feminismos contemporáneos se definen a sí mismos en plural y los podemos ubicar como uno de los movimientos centrales que han resistido a las lógicas neoliberales. De este modo, lejos de querer doblegar todo debate feminista a una mirada blanca, heterononormada y cis –que cierta derecha impulsó reapropiándose, como siempre lo hace, de los mecanismos de lucha de sus adversarixs–, lxs feministas produjeron resistencias mediante lógicas políticas movimentistas, callejeras, asamblearias y organizativas –nacionales, regionales e internacionales– impulsadas por la diversidad y la diferencia, colmadas de interrogantes disruptivos que articulan lo cultural, lo político, lo social y lo económico para transformar los modos hegemónicos operantes. Más aún, podríamos afirmar que la fortaleza de los feminismos es la de hacer visible y evidente las múltiples posturas, tanto teóricas como prácticas, que van poniendo en movimiento.

Teoría y práctica son inseparables para los feminismos. Por ello los podríamos considerar, como hace J. Szabón (2002) con el marxismo, como una teoría de la praxis. Esto supone que no pueden pensarse como movimientos o corrientes cerradas y monolíticas, sino que siempre debemos especificar desde qué feminismos estamos hablando o cuáles debates queremos resaltar, o a qué momento histórico y a qué territorialidad nos estamos refiriendo, etc. Esto implica también, comprender que en cada momento histórico podríamos definir

hacía dentro de los feminismos cuáles se han vuelto hegemónicos y cuáles son aquellos que han resistido y disputado desde los márgenes.

En la actualidad, uno de los debates principales de los feminismos se centra en teorizar sobre la articulación entre capitalismo, patriarcado y colonialismo a través de la problemática de la *reproducción social*¹ en el *neoliberalismo*. Sobre ella es que nos queremos centrar en el presente trabajo. Para ello nos hemos propuesto en una primera parte del trabajo abordar las implicancias teóricas que tiene para los feminismos marxistas asumir un debate con y contra Marx –y el marxismo– respecto a la reproducción social. Al mismo tiempo, analizaremos las diferencias y disputas hacia dentro de estos feminismos en cuanto a la capacidad del trabajo reproductivo de producir valor. Esto nos conduce a interrogar dos cuestiones centrales: la relación material entre capitalismo y patriarcado y su actualización neoliberal. En una segunda parte, nos proponemos producir un análisis respecto a cómo estos debates nos permiten pensar los procesos de valorización, de subjetivación, de producción de fuerza de trabajo en la coyuntura de un neoliberalismo pandémico.

¹ A grandes rasgos podríamos diferenciar tres corrientes feministas respecto a cómo se entiende la relación entre *capitalismo* y *patriarcado*: 1). La relación sería de completa autonomía: el capitalismo funcionaría independientemente del patriarcado. Este último, hasta podría ser comprendido como un resabio de una formación social pasada, por lo tanto el capitalismo podría incluso hasta prescindir de las relaciones sexo-genéricas en el devenir de su propio desarrollo. 2). Como un sistema dual o *trial* –agregando aquí al colonialismo–. Para este modo de interpretar la relación los tres sistemas deben comprenderse al mismo tiempo tanto en su particularidad y como en sus modos históricos de vincularse. En este sentido, la relación entre género y sexo se constituye como un sistema autónomo que se entrecruza con el capitalismo y el colonialismo (como sostiene Delphy, 1985), al mismo tiempo que redefine las relaciones de clase y de raza, y estas redefinen las relaciones sexo-genéricas (Arruzza, 2016). Podríamos incluir acá a las teorías de la intersección (Davis, 2005; Lugones, 2008) y a los feminismos materialistas (Guillaumin, Tablet y Claude Mathieu, 2005). 3). La relación es comprendida a partir de una *teoría unitaria*. Capitalismo, patriarcado y colonialismo, no funcionan de manera autónoma. Es decir, que no podemos comprender uno sin referir y desarrollar las características del otro (Fraser, Bhattacharya y Arruzza, 2019; Butler, 2007; Federici, 2018; Gago, 2019). Es en este sentido que la teoría se vuelve unitaria: abandonado la perspectiva de la intersección, el foco de análisis es puesto sobre el problema de la reproducción social ya que esta “indica el modo en que está organizado, en el corazón de una sociedad, el trabajo psíquico, mental y emocional necesario para la reproducción de la población: desde la preparación de la alimentación hasta la educación infantil; desde el cuidado de enfermos y de personas mayores hasta la vivienda, pasando por la sexualidad” (Arruzza, 2016:18).

I. Los debates teórico-políticos feministas sobre la reproducción social

Si hay un término que resuena en nuestra época, tanto en términos teóricos como políticos, es el de feminización. Lo encontramos en estudios sobre pobreza, trabajo, deuda, subsidios sociales, políticas públicas, violencias, guerra, trabajo, pero también vinculado a la política, el debate sobre el cupo, la salud, los cuidados, etc. Sin embargo, no podemos afirmar que para estos casos la categoría de feminización presente un significado unívoco, sino que por el contrario supone un término político y en disputa. En este sentido, la feminización que nos interesa analizar aquí no es solo parte de un potente proceso global de lucha política que en múltiples casos se manifiesta en los términos de los feminismos de la igualdad², ni mucho menos hace referencia a aquel feminismo que se reduce a la gestión de una mayor participación y empoderamiento de las mujeres (dicho sea de paso cis, blancas, flacas, exitosas y en lo posible heterosexuales) que el G-20 mujeres o las naciones unidas nos quieren mostrar, sino que refiere a un proceso de feminización tan fundamental como invisibilizado que ha trastocado al mundo del trabajo –como también a lo doméstico y al mercado–, y que atañe a los modos de producir valor en el capitalismo neoliberal. Es decir que nos interesa analizar a ciertos feminismos que ponen el eje de su reflexión en estos procesos de feminización de la relación capital/trabajo y que por ello la entienden directamente vinculada a un problema clasista, racial y migratorio, donde el debate sobre la reproducción social se vuelve central.

Nos interesa indagar entonces sobre los feminismos que, atentos a las mutaciones de la relación entre capitalismo, patriarcado y colonialismo, reformulan y debaten sus categorías y conceptos, así como redefinen sus prácticas políticas y organizativas sin perder el horizonte anticapitalista de la lucha. En otras palabras, nos interesa trabajar estas problemáticas con un debate sobre los feminismos contemporáneos que habitan aún una pregunta por la emancipación y la revolución social. Estos feminismos encuentran en el pensamiento marxista, más

² Al respecto ver Ferguson, 2020.

precisamente en una relectura crítica de Marx, algo fundamental que heredar y los llamaremos *feminismos marxistas*. Para precisar la relación entre capitalismo, colonialismo y patriarcado, nos advierten, es preciso recuperar el método materialista y dialéctico que Marx presentó en su análisis sobre el capitalismo. Este problema metodológico comienza con la manifestación de un silencio.

Recuperar el silencio que hace audible Marx, sube el volumen a otro ruido que incluso fue casi imperceptible para el mismo Marx. Escuchar el silencio en el silencio que Marx hace audible: esa es la tarea que nos proponen estos feminismos. La crítica de Marx contra la economía política mostraba la morada oculta de la circulación: la producción social y las relaciones sociales que ella genera en el capitalismo que son ocultadas a través de un mecanismo que entiende el mercado como productor de valor. De este modo,

la crítica dialéctica de Marx será dirigida contra la dinámica del intercambio como generador de la equivalencia de valores a través de la demanda y de la oferta, contra el equilibrio de individuos libres que venden y compran mercancías, contra el contrato social que vuelve a los 'ciudadanos' iguales frente a la ley (Expósito, 2018:85).

Marx desciende a la morada oculta de la producción para mostrarnos su particular e histórico momento de configuración en el sistema capitalista que, incluso en su mayor momento de “paz” y “democracia”, explota unos cuerpos sobre otros mediante el hurto de un tiempo de trabajo no pagado en la relación salarial que produce plus-valor. ¿Pero es esta la última morada o tras ella se oculta otra? Una que es nombrada por Marx pero de todos modos silenciada: la reproducción social (Fraser, 2014).

Sumergirnos en ella evidencia que, por un lado, en la producción opera una división sexual e internacional del trabajo que se sustenta muchas veces en una diferencia de salario por igual tarea, es decir en una explotación mayor del trabajo femenino (aumento de extracción de plusvalía) respecto del trabajo mas-

culino; y que feminiza y racializa determinados tipos de trabajos que son desvalorizados frente a otros. Por otro lado, si Marx nos advierte que en el sistema capitalista la reproducción de la fuerza de trabajo está ligada a la capacidad de subsistencia de lxs trabajadorxs en un determinado momento histórico y ese es su valor (Marx, 2002)³, la pregunta que surge se vincula a quién realiza este trabajo –fundamentalmente feminizado y/o racializado–, y por qué este trabajo que garantiza la reproducción de la fuerza de trabajo no es remunerado ni es reconocido como tal, o bien se realiza en situaciones de mayor precariedad y flexibilización que el trabajo considerado productivo. El trabajo reproductivo –muchas veces concebido como dado y natural– se muestra entonces como el sustento fundamental mediante el cual se (re)produce la capacidad misma de trabajar –necesaria para cada momento histórico– y, por tanto, la misma vida en la amalgama de la acumulación de capital.

Heredar a Marx entonces es la tarea de los feminismos anticapitalistas. Pero, como todo legado, supone el hacer presente una crítica que, como dice Derrida (1995), nos hace heredar siempre un secreto que implora ser leído. Heredar una lectura posible de Marx, de su problema epistemológico, para hacer audible entonces su secreto. De este modo, los feminismos marxistas teorizan sobre la reproducción social a partir de recuperar de Marx una serie de parajes metodológicos centrales en sus producciones, como afirma Federici (2018). El primero de ellos será su concepción de la historia como un proceso de lucha, pero no de lucha a secas, sino de *lucha de clases*, que ahora estarán ya sexo-genérica y racialmente determinadas. No hay una historia sin conflicto, ni un sujeto universal, sino lucha, disputa y excrecencia; orden y resistencia. En segundo lugar, la desnaturalización de lo dado que siempre es producido por relaciones sociales específicas y concretas: “como feministas [...] hemos luchado contra la naturalización de la feminidad, a la que se le asignan tareas, formas de ser, comportamientos, todo

³ Más aun, Marx nos advierte que “el tiempo de trabajo necesario para la producción de la fuerza de trabajo se resuelve en el tiempo de trabajo necesario para la producción de dichos medios de subsistencia” (Marx, 2002:133).

impuesto como algo ‘natural’ para las mujeres. Esta naturalización cumple una función esencial de disciplinamiento” (Federici, 2018:8). En tercer lugar, la inseparable relación entre teoría y práctica, la praxis. Retornar a una crítica de la economía política del presente supone repensar tanto la teoría y la práctica política como su relación. Esto nos enfrenta a dos cuestiones: por un lado, si teoría y práctica son co-constitutivas, “nos fuerza a pensar sobre la relación existente entre las mutaciones estructurales del sistema capitalista industrial a un capitalismo neoliberal [...] es decir, sobre cómo se produce valor en las sociedades contemporáneas y qué modos de subjetivación supone el neoliberalismo” y cuáles son sus resistencias (Expósito, 2018:17). En cuarto lugar, recuperar de Marx la categoría de *trabajo vivo* como principal fuente de la producción de la vida y en el capitalismo como fuente principal de generación de riqueza. Y en último lugar, rescatar la lectura de Marx sobre el capitalismo como un sistema social de acumulación que produce y reproduce la vida de determinadas maneras que van mutando según su contexto histórico. Es decir, comprender al capitalismo desde una perspectiva de su desarrollo desigual, complejo y multidimensional, y no como un sistema económico.

El modo de acumulación capitalista no permanece inmutable a lo largo del tiempo, por tanto aquello que estas feministas están analizando es precisamente el momento donde las lógicas precarias, informales y violentas que se sucedían para feminizadas, racializadx y colonizadx, presenta un proceso expansivo y al mismo tiempo comienzan a derramarse sobre el trabajo asalariado formal. En otras palabras, desde la década de los ‘70, signada por el ritmo crítico, violento y voraz del neoliberalismo, estos feminismos sostienen que la lógica acumulativa fordista-industrial hegemónica por una demarcación política entre lo público (masculinizado) y lo privado (feminizado), lo productivo y lo reproductivo, otorgándole valor/salario y razón a la primera y amor/destino y emoción a la segunda comienza a entrar en crisis –ruptura del patrón oro, crisis del petróleo, profundo proceso de luchas globales contra el capitalismo–, dando lugar a una serie

de mutaciones en el modo de acumulación de valor. Aquello que las feministas nos vienen a advertir es que con el *capitalismo neoliberal* comienza la profundización de un proceso social y global de precarización, informalización y flexibilización de nuestras vidas, mecanismos que producen un fenómeno creciente de feminización y racialización del trabajo que trastoca a la sociedad salarial y el estado de derecho tal como lo conocíamos.

Poner el eje de los debates actuales en torno a la reproducción social supone problematizar los modos de producción de valor en el capitalismo neoliberal, no solo haciendo foco en una teoría de la división socio-sexual-racial e internacional del trabajo, sino también en su incesante relación con la reproducción continua de la sociedad mediante procesos de acumulación de capital y producción mercantilizada de *subjetividades* y *fuerza de trabajo*. Es decir que, los feminismos marxistas destacan, por un lado, la importancia de visibilizar toda una serie de trabajos, vínculos y violencias que se ocultan y se reproducen en una rotunda división sexual del trabajo –que tiene sus particulares momentos pasibles de ser historizados (Federici, 2018, Fraser, 2015)–. División sexual que naturaliza el rol de mujeres y feminizadas; las produce como subjetividades responsables de sí confinadas al mundo de las emociones –en contraposición con la razón– con determinada moral, comportamiento, sexualidad, y como cuerpos –reproductivos– determinados biológica y fisiológicamente en el binarismo sexo-genérico hegemónico; como ciudadanas de segunda, en parte por ser propiedad tanto del Estado como de privados; y las reproduce como fuerza de trabajo que es asignada a tareas re-productivas, trabajos gratuitos o mal pagos, domésticos, afectivos y de cuidados, que son desvalorizados social y monetariamente. Por otro lado, nos advierten que el control patriarcal y la producción del trabajo de mujeres y feminizadas se caracterizan por la reproducción social del capital que es parte central de esta lógica sistemática y no puede ser restringida a un ámbito o espacio específico. De este modo, poner el foco en una perspectiva de la reproducción social, admite llevar el análisis más allá de las nociones de cuidados y

trabajo doméstico, al abarcar a la reproducción tanto de la vida como de las relaciones capitalistas patriarco-coloniales (Mezzadri, s/d). Es decir, comprender tanto la reproducción de *lxs trabajadorxs* como de la *fuerza de trabajo* en el marco de determinadas condiciones de producción de valor y división social-sexual-racial e internacional del trabajo.

La reproducción capitalista es, para estos feminismos, directamente colonial y patriarcal y tiene la particularidad, como afirma Luxemburgo (1968), de presentar ciclos de expansión que terminan en crisis y en la gestión empresarial y estatal de las mismas. Por tanto, la reproducción, como fenómeno regular, es un problema completamente específico del capitalismo. En él, la producción individual no tiene para nada en cuenta las necesidades vitales de las sociedades, es decir la capacidad vital de su consumo, sino que es la ganancia, la extracción de un plus-valor, aquello que deviene central e ilimitado para la reproducción capitalista. De este modo, el capitalismo no solo engendra una tendencia permanente e incesante del proceso de reproducción, sino que lo hace con una producción en escala creciente, aumento de la *masa de plusvalía*. La reproducción se vuelve una exigencia, deviene su condición de existencia. La baratura de las mercancías y su incesante producción es su principio y la fuerza de trabajo es la mercancía más peculiar y central de todas en este proceso. Reducir los costos de la reproducción social –por parte del capital– es parte imperante de su lógica acumulativa. Así el incesante proceso de abaratar la mercancía fuerza de trabajo se traduce en una desvalorización de la reproducción social de *lxs trabajadorxs*, al mismo tiempo que genera una de las contradicciones del capitalismo. Desarrollar la capacidad de consumo de *lxs mismxs*, es decir que se garantice su re-producción, es la condición de posibilidad de reproducir el capital. Pero al mismo tiempo, la reproducción en el capitalismo es siempre competencia. Por tanto, la reproducción de capital es para la empresa individual la pérdida de la reproducción de otra, la reproducción de un estado es a costa de las posibilidades de reproducción de otro, la reproducción de la fuerza

de trabajo de unxs es a costa del trabajo reproductivo de otrxs. En definitiva, la *reproducción ampliada* de capital, es siempre a costa de la desposesión de buena parte de la humanidad. Una parte que nunca es en general, sino que esta socio-sexo-género-racializada, territorialmente ubicada o deviene migrante y se encuentra internacionalmente dividida.

Entonces para este feminismo, fiel al pensamiento luxemburguiano, pensar en esta doble y contradictoria relación de la re-producción social en el capitalismo como problema regular y extendido es central para comprender la relación entre capitalismo, colonialismo y patriarcado. Porque es allí, donde se muestra el circuito que produce la mercancía “más extraordinaria de todas”, lxs trabajadores mismxs y los múltiples modos de subjetivación de lxs trabajadorxs. Sin embargo, este silencio de Marx puede ser leído de varias maneras, porque si bien se afirma como eje central que lxs trabajadorxs deben ser (re)producidos en el capitalismo, el debate comienza en cómo analizar este proceso. Por un lado, se lo comprende a partir de la distinción marxista del valor, entre trabajo reproductivo como valor de uso y fuerza de trabajo como valor en la producción social. Es decir, como condición de posibilidad del trabajo productivo, pero no integrado a él. Por tanto, estos feminismos proponen un análisis de los circuitos que reproducen a lxs trabajadorxs conectados pero al mismo tiempo distintos a los del capital y la generación de valor.

Por el otro, si el mismo trabajo es vuelto mercancía bajo el capitalismo al devenir fuerza de trabajo, es porque ha precisado de un trabajo pasado para poder producirse y reproducirse y lo necesita cada día para poder volver a trabajar o para venderse en el mercado. Entonces, para estos feminismos, la mercancía fuerza de trabajo “esconde” trabajo objetivado en ella y esa es una parte más que el capitalista absorbe como plusvalor y asume la forma de un trabajo feminizado, racializado, informal y/o gratuito –ya sea individual,

colectivo o subvencionado por el Estado–.⁴ Comprender a la fuerza de trabajo como mercancía implica entenderla como proceso contradictorio donde se generan las capacidades –físicas, cognitivas, afectivas, etc.– necesarias en un determinado momento histórico, que producen los cuerpos y las subjetividades de lxs trabajadorxs. Mercancía que, como cualquier otra, tiene valor porque tiene tiempo de trabajo objetivado en ella y que el capital intenta (re)producir incesantemente y bajo el menor costo posible. Al mismo tiempo esta mercancía, como dice Marx, es “especial” y “única” y no como cualquier otra, dado que es aquella que tiene la capacidad de generar valor y, por lo tanto, no puede ser simplemente analizada como cualquier otra "vulgar" mercancía, cuando se intenta pensar su valor.

El debate abierto aquí por estos feminismos habilita dos líneas divergentes respecto a la relación con el valor que atraviesa el trabajo reproductivo. Para la primera línea este será fundamental para la generación del valor en el capitalismo desde sus inicios –pone el centro en el proceso de acumulación originaria– y particularmente en el capitalismo neoliberal. Para la segunda línea, si bien el capitalismo neoliberal intenta y consigue mercantilizar cada vez más zonas que antes permanecían por fuera de la producción e intercambio mercantil, como lo es la reproducción social de la fuerza de trabajo, aún debe analizarse la ambigüedad del trabajo reproductivo respecto a la generación de valor y especificarse su relación. Este sería un espacio que, a diferencia del trabajo productivo, se encuentra al mismo tiempo adentro y afuera de las lógicas económicas del capital.

⁴ Rosa recupera la crítica de Marx a A. Smith que consiste en el olvido de la economía política de que el trabajo junto con la propiedad de crear valor, posee también la capacidad de trasladar el antiguo valor objetivado en los medio de producción o capitales fijos (que son también valor objetivado en un trabajo pasado) a las nuevas mercancías (Luxemburgo, 1968: 42). Por tanto una jornada de trabajo de 8 horas produce más valor que el de la división de la jornada en horas pagadas (salario) y horas no pagadas (plusvalor), puesto que contiene además el valor de las materias primas, medios de producción, etc. Y es aquí donde se evidencia el olvido de Marx, puesto que si eso se aplica para todas las mercancías, es decir que cada mercancía tiene más valor que el tiempo de una jornada de trabajo.

I.I. La reproducción como productora de valor

En el primer grupo podemos ubicar como antecedentes tempranos a las producciones de Selma James y María Rosa Dalla Costa, que se centran fundamentalmente en un análisis del “trabajo doméstico” como productor gratuito y obligatorio de la fuerza de trabajo. En América Latina, podemos referir, entre otros, a los trabajos de Henault y Largia en *Las mujeres dicen basta* (1972). También debemos nombrar a Leopoldina Fortunati (2019) quien exploró las formas en que el trabajo reproductivo se construye socialmente como una esfera de “no valor” dentro de los esquemas hegemónicos productivistas, pero no por ello no es parte productora de valor. Y a María Mies (2018), que analizó lo permeable que es la barra que separa el trabajo productivo del reproductivo en los análisis marxistas.

Entendemos que esta lista es mucho más larga y compleja, pero nos interesaría centrarnos aquí en las propuestas de tres pensadoras que consideramos relevantes para este debate y su actualización: Silvia Federici, Verónica Gago y Alexandra Mezzadri.

La re-lectura de Silvia Federici sobre la acumulación originaria que plantea Marx y su análisis sobre lo que ella denomina el *patriarcado del salario* son centrales para comprender la crítica feminista a un marxismo que no habilita pensar al trabajo reproductivo en su vínculo con la producción de valor. Allí la relación entre producción y reproducción de la vida es parte central de la acumulación capitalista y el patriarcado lejos de ser un resabio de las relaciones sociales pasadas es producto central del proceso de producción de riqueza, como lo será tanto para Mezzadri como para Gago.

En primer lugar, Federici afirma que aquello que Marx denominaba acumulación originaria debe comprenderse como un elemento central en los procesos de re-producción de la vida en el sistema capitalista, puesto que en ese proceso no solo se separa “al campesino de la tierra sino que también tiene lugar la separación entre el proceso de producción (producción para el mercado) y el

proceso de reproducción (producción de la fuerza de trabajo); estos dos procesos empiezan a separarse físicamente y, además, a ser realizados por distintos sujetos” (Federici, 2018:15). Por tanto, con la creación originaria de un trabajador asalariado “libre”, expropiado de sus medios de re-producción, se crea también “una acumulación de diferencias y divisiones dentro de la clase trabajadora, en la cual las jerarquías construidas a partir del género, así como las de «raza» y edad, se hicieron constitutivas de la dominación de clase y de la formación del proletariado moderno” (Federici, 2015:90).

Entonces, para Federici, este tipo de acumulación no puede comprenderse simplemente como originaria, puesto que en un sentido no ha cesado en la historia del capital y ha adquirido una actualidad que marca el ritmo de los modos de explotación y opresión más efectivos del capitalismo neoliberal –el cercamiento de los bienes comunes, el hurto de los mismos, la violencia en los modos de expropiación de los bienes, de los cuerpos y de las subjetividades son un instrumento central para la expansión actual del capital–. Al mismo tiempo que la apropiación de valor “originaria” por medios violentos atañe a un proceso de despojo y cercamiento de los cuerpos de las feminizadas y racializadx, construidxs como recursos naturales frente a un trabajador “libre” que vende su fuerza de trabajo. En otras palabras, para mujeres, feminizadas, racializadx, y pueblos originarios, se puede señalar que la apropiación del valor por medios violentos acompaña desde adentro la expansión originaria del capital y que se acentúa con el desarrollo de la gran industria y su reproducción desde el siglo XIX, y que se profundiza con nuevos mecanismos diferenciales en el neoliberalismo.

En segundo lugar, si como afirma Marx (2002) nuestra capacidad de trabajar no es algo dado sino que debe producirse en cada momento histórico, con el devenir industrial del capitalismo, el trabajo reproductivo, fundamentalmente en su forma doméstica, es producido en su relación desvalorizada frente a las relaciones de producción y puesto a funcionar como el

resultado natural de una diferencia sexo-genérica o como el resabio de relaciones pasadas. La producción del trabajo doméstico es una consecuencia histórica del capitalismo donde han sido separados los procesos de producción de los de reproducción social, sostiene Federici (2013). Si la máxima del capital es aumentar la producción de ganancias, generando una mano de obra estable, disciplinada que pueda volver a trabajar día a día recuperada –es decir, reproducir–, esto se consigue mediante una división sexual del trabajo que feminiza el trabajo reproductivo basado en el servicio de cuidados físicos, emocionales y sexuales de lxs trabajadorxs asalariadxs –ahora fundamentalmente masculinizados– en los centros de desarrollo capitalista (Federici, 2018). De este modo, con el desarrollo del patriarcado del salario las relaciones de producción y reproducción se sustentan en una sobre-explotada y compleja jornada laboral de las feminizadas: la reproductiva principalmente no-asalariada (doméstica de tareas asistenciales, sexuales y de cuidado) y la productiva asalariada (bajo un régimen de mayor precarización y explotación laboral por su condición de sexo-género). Capitalismo y patriarcado se presuponen al entramar un modo de acumulación que se sustenta en el no reconocimiento de la re-producción del trabajo feminizado –y muchas veces racializado– “como una actividad socio-económica y como una fuente de acumulación del capital y, en cambio, la mistifica como un recurso natural, un servicio personal” (Federici, 2015:11)⁵.

Para Mezzadri ubicar a los ámbitos de reproducción social como *productores de valor* nos proporcionará un análisis más concreto de las relaciones

⁵ Federici (2018) afirma que en el momento en que Marx escribía *El capital*, la división entre trabajo reproductivo y productivo era aún incipiente. En este sentido, si bien Marx estaba analizando un proletariado fundamentalmente feminizado, el proceso subterráneo que estaba aconteciendo era el desplazamiento del trabajo de reproducción a lo doméstico, la institucionalización de la familia nuclear proletaria y el salario familiar para garantizar la reproducción de la fuerza de trabajo, y que en el trabajo productivo se estaba pasando de un industria liviana al desarrollo de una industria pesada que requería de un proletariado estable y disciplinado. Pasando de un régimen de explotación absoluta a una jornada laboral restringida y estable; es decir, de la hegemonía de una lógica de extracción absoluta de la plusvalía a una relativa en el trabajo fabril industrial.

laborales en el capitalismo contemporáneo (Mezzadri, 2019). Para afirmar esto sostiene que la mayor parte del trabajo en la historia del capitalismo y particularmente en su momento neoliberal es conformado por un tipo no necesariamente asalariado, sino informal, precario, flexible y en muchas ocasiones gratuito. Sin embargo esta lógica no se debe a que preexisten formas no-capitalistas sino que el mismo capitalismo necesita del desarrollo de esos tipos de trabajo junto con trabajo asalariado formal. Por tanto, este tipo de trabajo perteneciente al ámbito de la reproducción social produce valor en tres aspectos centrales. En primer lugar refuerza los patrones de control de los trabajos expandiendo las tasas de explotación; en segundo lugar absorbe la “externalización sistemática de los costos reproductivos del capital, trabajando de facto como un subsidio al capital” (Mezzadri, 2019); y, en tercer lugar, refuerza los procesos de subsunción formal del trabajo en la generación de valor haciendo “que cualquier distinción entre producción y reproducción social, o trabajo y vida, sea irrelevante, ya que sus tiempos están combinados, y todo está sujeto a las leyes del valor” (Mezzadri, 2019).

Para Mezzadri, si no nos centramos en una lectura occidental y eurocéntrica del mundo del trabajo y ponemos en foco las relaciones laborales en el “resto del mundo” o incluso lo “oculto” en las zonas centrales comprenderemos “el papel que desempeña la reproducción social en los procesos de extracción de excedentes de trabajo y generación de valor” (Mezzadri, 2019). Puesto que allí encontramos, incluso en su propia historia, el desarrollo de formas del trabajo informales, precarias, muchas veces sin salario, que vuelven inútil la pregunta por la distinción entre zonas del trabajo que producen valor y otras que no, por parámetros estrictamente basados en los tipos de tareas y formas de remuneración. Esto genera que cualquier distinción entre el tiempo de trabajo productivo y el reproductivo se vuelva borrosa y más aún, a medida que la reproducción social es subsumida en el proceso de generación de valor, como lo es en el neoliberalismo (donde ni lxs empleadores, ni el Estado cargan con

ninguno de los costos de la mano de obra que se reproduce socialmente). Por tanto, en este complejo escenario de relaciones laborales informales constitutivas del capital y en expansión hacia el mundo formal se vuelve obsoleto intentar clasificar la producción de valor o no según los tipos de actividades, ramas y esferas “con parámetros estrictamente basados en las tareas y / o remuneraciones” (Mezzadri, 2019).

También para Gago el trabajo re-productivo vincula al capitalismo, con el patriarcado y el colonialismo desde una clave que abarca tanto a la producción de fuerza de trabajo como de las subjetividades; es decir que pone en el centro del análisis al trabajo vivo. Por tanto, una lectura feminista del trabajo permite pensar “una política de reproducción de la vida que toma y atraviesa el territorio doméstico, social, barrial, campesino, suburbano y su articulación jerarquizada con el territorio reconocido como ‘laboral’” (Gago, 2019:23). Y fuerza a visibilizar la sobreexplotación del trabajo feminizado –como triple “jornada laboral”–: el trabajo fuera de la casa –con peores salarios–, el trabajo dentro de la casa –mal pago o no remunerado– y el trabajo afectivo y de cuidados como producción de formas organizativas, vínculos y redes –invisibilizado–. Trabajo reproductivo y feminizado que muestra una multiplicidad de temporalidades donde la sustracción de valor se produce en el pliegue en el cual vida y trabajo, subjetividad y fuerza de trabajo, se ensamblan. Más aún, donde se quiebra la barra entra reproducción y producción y se fractura la posibilidad de medir el valor y de acotarlo a los límites de una jornada laboral: “¿cómo se mide la intensidad de un trabajo de cuidado y afecto que pone en juego la subjetividad sin límites y no simplemente una serie de tareas mecánico-repetitivas?” (Gago, 2019:34). La reproducción presenta, de este modo, un diferencial de explotación que se evidencia, para Gago, como la condición de posibilidad de la producción de mercancías: “la reproducción es la condición trascendental de la producción” (Gago, 2019:120), donde su camuflaje, su ocultamiento es clave en los procesos de valorización capitalistas.

Por ello Gago propone como estrategia de las luchas feministas producir colectivamente “un diagnóstico del diferencial de explotación que tom[e] a la reproducción como ámbito central para desde ahí investigar e historizar los modos en que se conjugan opresión, explotación y extracción de valor” (Gago, 2019:125). Este diagnóstico en la etapa actual neoliberal se afirma sobre una crisis del “patriarcado del salario” de la que emerge su combinación con un “patriarcado colonial de las finanzas” (Gago, 2019). Para este último las formas no-asalariadas –en especial los subsidios sociales–, los procesos de bancarización de las clases populares, y la deuda privada se acoplan en la valorización financiera, que explota mediante mecanismos extractivos los trabajos, las subjetividades y los cuerpos en sus diferencias sexo-genéricas y raciales. Aquello que las finanzas explotan de este modo es una disponibilidad de trabajo a futuro que no tiene necesariamente a la relación salarial como central. Por tanto, para Gago, “el endeudamiento de lxs no-asalariadxs es un prisma que permite ver el modo de funcionamiento en general de la deuda como dispositivo privilegiado de extracción de valor” (Gago, 2019:144).

I.II. La reproducción como condición de posibilidad del valor

De alguna manera este grupo, que no es homogéneo, se propone actualizar el debate iniciado en los ‘70 sobre el problema de la reproducción social desde un enfoque feminista. Para ello, podríamos decir que, lo que une a las autoras que ubicaremos aquí, es realizar una relectura del marxismo con el fin de afirmar que, mediante un estudio de la reproducción social, aquello que muta es la relación entre opresión y explotación. La primera dejaría de ser un epifenómeno de la segunda, para pasar a ser su condición de posibilidad. En este sentido, releer a Marx ya no desde el punto de vista de la “tendencia” del capital sino desde el capitalismo como una “totalidad”, donde los regímenes neoliberales suponen que el espacio reproductivo haga atravesar un proceso de reconfiguración y mercantilización de la reproducción social y por tanto de la producción. En este

grupo podríamos ubicar a la alemana Roswitha Scholz (2013), que es integrante del grupo *Krisis*, y propone una relectura dialéctica del capital que le permite historizar la relación entre capitalismo y patriarcado a través de su teoría del valor-escisión; y también a Susan Ferguson (2020), quien realiza una crítica a las visiones del trabajo en las producciones feministas respecto a la generación de valor.

El debate que habilita este grupo abre una doble crítica. Por un lado a un feminismo que mediante un análisis del patriarcado olvidó la pregunta por el capitalismo. Por otro lado, una crítica a un feminismo que redujo la lectura sobre la reproducción social al trabajo doméstico. Para ello, van a proponer un análisis ampliado del capitalismo (Fraser, 2014) o una teoría unitaria (Arruzza, 2016) de la relación entre capitalismo, patriarcado y colonialismo. En este grupo decidimos trabajar con las producciones de Nancy Fraser, Tithi Bhattacharya y Cinzia Arruzza, que conjuntamente han publicado un recientemente un texto, *Manifiesto feminista para el 99%* (2019) que profundiza sobre estas discusiones. Estas autoras destacarán que en el capitalismo la actividad reproductiva se encuentra separada de la productiva, por tanto se encuentra suprimida –salvo en ocasiones particulares– de la generación del valor. Esto supone que la reproducción de la fuerza de trabajo, en tanto mercancía, y de la subjetividad de la clase trabajadora –que no es homogénea– es exógena a los procesos de producción de valor pero que, no obstante, opera como su condición de posibilidad. Es decir que sin reproducción, sin este proceso de externalización del valor del trabajo, no habría posibilidad de valorización en el proceso de producción capitalista.

Estas tres autoras afirman en su manifiesto que la reproducción social se lleva a cabo en tres esferas: la familia, el estado y el mercado (Arruzza, Bhattacharya y Fraser, 2019), y que lo novedoso es que con el neoliberalismo “aparece la idea de la reproducción social como un campo que puede ser también fuente de ganancias” (Arruzza y Bhattacharya, 2020:38). Entonces es solo en la fase neoliberal donde el trabajo reproductivo comienza a ser fuente directa de la producción de valor. Dos condiciones se presentan para estas autoras. En primera

instancia, la reproducción social es la condición de posibilidad del trabajo productivo y en el neoliberalismo se produce un quiebre donde se empieza a mercantilizar los trabajos reproductivos. Para la teoría de la reproducción social, por tanto, “el capitalismo es un sistema unitario que puede integrar con éxito, aunque de manera desigual, la esfera de la reproducción y la de la producción” (Entrevista a Bhattacharya, 2018). El capitalismo, como decíamos, es una totalidad contradictoria que engloba tanto a los procesos de explotación, como de alienación y de opresión/dominación, “no se puede tener acumulación capitalista, si las condiciones para la producción capitalista no están dadas” (Arruzza y Bhattacharya, 2020:43).

En segunda instancia, analizar el capitalismo desde la teoría de la reproducción social implica por tanto desjerarquizar la relación entre producción y reproducción que había hegemonizado el discurso marxista. Romper esta jerarquía es lo que permite pensar al capitalismo como una totalidad contradictoria y dinámica que supone además un proceso de explosión de la fuerza de trabajo, de expropiación de aquello que produce, de los cuerpos y de la naturaleza no humana, y de producción de subjetividades que reproducen el sistema en su conjunto (Arruzza, Bhattacharya y Fraser, 2019). Entender por tanto al capitalismo como una relación compleja entre el trabajo abstracto de la producción y la producción concreta, diferenciada y jerarquizada de la clase trabajadora. Es decir, como un sistema que produce una clase social que además de adquirir las capacidades y actitudes necesarias para trabajar de un determinado tiempo histórico, se encuentra subjetivamente preparada para entrar en las relaciones de intercambio y consumo de mercancías y en los modos subjetivos hegemónicos. Por ello, en el capitalismo se debe no solo producir a la mercancía fuerza de trabajo, sino al trabajad^xr mism^x, y también a su familia, es decir, la producción que supone la reproducción de la clase trabajadora en su conjunto. Por tanto es necesario analizar: “qué tipo de procesos sociales producen la fuerza de trabajo” (Entrevista a Bhattacharya, 2018).

Los procesos que atañen a la reproducción son múltiples y determinados históricamente. Esta compete a la reproducción de seres humanos –parto, aborto, maternidad, monogamia, pero también subrogación y alquiler de vientres–, a la producción física, mental, psicológica, sexual y social de lxs trabajadores según su determinación sexo-genérica, racial y etaria que supone la producción de actitudes, predisposiciones, habilidades y calificaciones, y “la reproducción de la subjetividad e incluso la internalización de las formas de la disciplina” (Arruzza y Bhattacharya, 2020:39). Por tanto también remiten al problema de la reproducción social el acceso a agua potable, a gas y luz, educación y salud. Y este tipo de tareas y trabajos están en las condiciones capitalistas de acumulación ya generizados y racializados.⁶

No obstante, la esfera de la reproducción social debe distinguirse de la de producción de mercancías, puesto que en ella el capital no tiene necesariamente un control directo aunque sí efectos condicionantes. Es decir que cierto trabajo reproductivo mantiene con el capital una relación de subsunción formal:

el trabajo doméstico [...] no está organizado ni de forma industrial ni de forma capitalista. Sufre el impacto del capitalismo, e incluso utiliza los productos del trabajo industrial (como los lavarropas, lavaplatos, aspiradoras), pero en sí mismo no está organizado en términos capitalistas, motivo por el cual no hay forma de que se vuelva trabajo abstracto (Arruzza y Bhattacharya, 2020: 47).

⁶ Como afirman las autoras “existe una expansión generalizada de la fuerza de trabajo [...] pero hay dos tipos de procesos de reproducción social diferenciados que objetivan dos tipos de trabajadoras distintas al momento en que éstas llegan a las puertas del capital para vender su fuerza de trabajo. Una fuerza de trabajo vale menos y esa trabajadora tiene menos poder que la otra cuya reproducción social ha tenido una historia bien diferente” (Arruzza y Bhattacharya, 2020: 41). Por tanto, lo que quieren demostrar aquí es que el mismo capitalismo divide a la clase trabajadora en términos de raza y género, y que esa división es políticamente productiva para reproducir esas lógicas dentro de la misma clase y de separar las luchas, cuando en verdad la violencia machista y la discriminación racial no son un epifenómeno cultural sino parte estructural de la lógica del capital.

Aquí estas autoras presentan el punto principal que les permite afirmar que aquel trabajo reproductivo que no devenga abstracto en los términos capitalistas, tal como lo define Marx en el tomo 1 de *El capital*, y que por lo tanto sufra proceso de mercantilización total, es decir que no esté subsumido realmente al capital, no producirá valor. Sin embargo, si bien esto diferencia al trabajo productivo – producción de valor– del reproductivo, esta diferencia no se traduce en los términos políticos que cierto marxismo pregonaba. Es decir, para estas autoras se puede realizar un trabajo improductivo –ya sea asalariado o no asalariado–, y ser parte de la clase trabajadora, más aún formar parte del “sujeto revolucionario” sobre el que Marx pensaba. En definitiva, el trabajo productivo no supone el único ámbito donde se encuentra la clase trabajadora en el capitalismo: “es un error categorial pensar que la distinción entre trabajadores productivos y trabajadores improductivos tiene un significado político” (Arruzza y Bhattacharya, 2020:47). El trabajo reproductivo, es tan central como el trabajo asalariado formal y mercantil puesto que, si bien no origina directamente valor, “produce las condiciones de posibilidad para que el capitalismo exista y también para que existamos los y las trabajadoras” (Arruzza y Bhattacharya, 2020:48)⁷.

Fraser, por su parte, venía teorizando sobre una interpretación ampliada del capitalismo como un orden social institucionalizado (2014). De este modo, su actual crisis –que para ella se remonta al 2008–, “tiene múltiples dimensiones, y no sólo abarca la economía oficial, incluidas las finanzas, sino también fenómenos «no económicos» como el calentamiento planetario, las «carencias de cuidado» y el vaciado del poder público en todas las escalas” (2014:58). Puesto que si bien la “jugada clave” del capital fue la de “separar la producción de seres

⁷ En este punto realizan la siguiente distinción: “el trabajo en sectores públicos como docentes, enfermeras, trabajadoras de limpieza, y trabajo asalariado en servicios personales, por ejemplo, empleadas domésticas o personal de cuidado en casas particulares. Estos dos tipos no producen valor. (...) Las trabajadoras de McDonald’s, las mozas, las cocineras, las enfermeras en clínicas privadas: todas ellas están produciendo una buena cantidad de valor. Este sí es trabajo reproductivo que, al mismo tiempo, es trabajo productivo en el sentido de la producción de valor bajo el capitalismo (Arruzza y Bhattacharya, 2020: 48).

humanos de la producción de beneficios” (Fraser, Arruzza y Bhattacharya, 2019:39), las luchas por la reproducción social son parte tan central de la lucha de clases como las disputas salariales, sindicales, etc. El trabajo que Marx analiza, el asalariado, “esconde algo más que plusvalía. Esconde [...] sus marcas de nacimiento: la reproducción social que es su condición de posibilidad” (Fraser, Arruzza y Bhattacharya, 2019:93). De este modo, tanto las esferas de la reproducción de la vida –en tanto subjetividad y trabajo vivo–, como las de la política –que garantiza la propiedad–, como “la naturaleza se convierte[n] aquí en un recurso para el capital, cuyo valor se presupone y niega al mismo tiempo” (Fraser, 2014:66). Lo fundamental de la reproducción social, advierte Fraser, es que en el capitalismo además de estar separada y desvalorizada frente a la esfera productiva y tomada como otro recurso natural y gratuito más, produce no solo las subjetividades y los modos de vincularnos, sino que los reproduce como “seres naturales personificados, al tiempo que los constituye en seres sociales” (Fraser, 2014:64). Parte fundamental de esta actividad, aunque no toda, se efectúa fuera del mercado, principalmente en las relaciones familiares y barriales, pero también en las instituciones públicas; y buena parte de ella, aunque no toda, adopta la forma de trabajo no remunerado o informal. De este modo, en el capitalismo la reproducción social entra en una relación de “separación-dependencia-rechazo” frente a la producción económica, al mismo tiempo que esta última depende de ella. Y esta es, por tanto, una de las contradicciones fundamentales del capitalismo para estas autoras. Dado que, al mismo tiempo que la reproducción social es una de las condiciones que posibilitan la acumulación de capital, por otro lado, “la orientación del capitalismo a la acumulación ilimitada tiende a desestabilizar los procesos mismos de reproducción social sobre los cuales se asienta” (Fraser, 2015:113). La contradicción que antes la tradición marxista ubicaba en el plano de la economía, estas feministas la hacen jugar en la frontera entre la economía y sus condiciones de posibilidad de fondo, generando

así un análisis complejo de las crisis actuales del capitalismo neoliberal, y transformando la misma noción de lucha de clases.

Lo particular del momento neoliberal, es que “(re)privatiza y (re)mercantiliza algunos de estos servicios, al tiempo que también mercantiliza por primera vez otros aspectos de la reproducción social” (Fraser, 2014:65); pero lo hace de un modo muy particular donde la deuda y las finanzas juegan un papel central. El resultado, afirman estas teóricas, es una organización nueva de la reproducción social, donde se mercantilizan aspectos que antes eran impensados y se ofrecen en el mercado para quienes pueden pagarlos, o bien recaen sobre la esfera privada –núcleo familiar o en los barrios– gratuitamente o mediante el dispositivo salarial –ya no familiar sino recolectado mediante múltiples trabajos–, el trabajo informal y/o independiente, o bien mediante el subsidio social, pero todos estos mecanismos se encuentran atravesados por la financiarización de la vida y contracción de deuda. Este régimen dice Fraser, “ha deslocalizado los procesos de producción, trasladándolos a regiones de bajos salarios, ha atraído a las mujeres a la fuerza de trabajo remunerada y ha promovido la desinversión estatal” (Fraser, 2015:117); y tiene como principal impulsor el mecanismo de la deuda, que se asigna como dispositivo político que permite reducir el gasto social, privatizar la reproducción, a la vez que transforma la regulación y reduce los derechos del mundo del trabajo habilitando una vía financiera de extracción de valor. Por tanto a través de la deuda prosigue la acumulación capitalista por despojo: reducción de salarios –por debajo de los costos de la reproducción socialmente necesarios–, derechos, unidades sindicales; mecanismos de extracción y privatización de recursos naturales sobre todo el llamado “sur global”; nuevos cercamientos de tierra y cuerpos racializados, generizados y migrantes; descentralización y re-territorialización de las industrias; y empresarialización de las lógicas estatales que a su vez necesitan, para realizar el capital, sostener “el gasto en consumo [que] exige incrementar los niveles de endeudamiento” públicos y privados (Fraser,

2015:126). Se intensifica en esta etapa, entonces, la contradicción operante entre producción y reproducción social de la vida. Puesto que si bien la reproducción continúa siendo para Fraser parte de esos espacios contextuales que son la condición de posibilidad de fondo de la economía capitalista, en el régimen neoliberal la contradicción se agudiza porque cada vez más la reproducción –vía deuda y capital financiero– pasa a cumplir un lugar central y fronterizo –adentro/afuera– del proceso de valorización del capital.

Para cerrar este apartado podríamos afirmar que si bien no hay acuerdos dentro de los feminismos marxistas sobre la capacidad del trabajo reproductivo en los procesos de valorización del capital, sí lo hay en una lectura de una clase trabajadora ampliada que permite pensar una teoría que abigarra los procesos de la explotación, extracción y dominación donde el sexo-género, la raza, la nacionalidad, los territorios, los tipos de trabajos son centrales para pensar los procesos de luchas. También, coinciden en que en la etapa neoliberal, la reproducción social ha pasado a formar una parte cada vez más central en la producción de valor del capital hegemónico por las finanzas, y que la crisis actual del capitalismo no puede pensarse si no es a través de una crisis profunda de los procesos re-productivos, eco-ambientales y políticos. En este sentido, analizar las contradicciones socio-reproductivas del capitalismo financiarizado, supone comprender también los “vectores económicos, ecológicos y políticos, que se entrecruzan y exacerban mutuamente” (Fraser, 2015:112), y en contextos de pandemia global se acentúan y profundizan estos imprescindibles debates que habilitan los feminismos.

II. La reproducción social neoliberal –y sus continuidades pandémicas–

Hoy día escuchamos tanto en los medios como en las producciones teóricas que asistimos a una feminización del trabajo, de la pobreza, de la política, incluso de la deuda, pero no encontramos un acuerdo sobre aquello que se entiende cuándo hablamos de la feminización de estos procesos. En este trabajo nos interesa

particularmente centrarnos en el proceso de *feminización* que transforma las lógicas mismas del mundo del trabajo al trastocar las líneas que demarcan lo público y lo privado, lo asalariado y lo no asalariado, lo abstracto y lo concreto, el adentro y el afuera de la relación del capital con el trabajo y el género. Proceso que, en múltiples sentidos, hace estallar la jornada laboral, la relación salarial y su determinación legal y formal, la sindicalización y los derechos de lxs trabajadorxs, fundiéndolas en un sin fin de temporalidades múltiples y complejas donde la (auto)explotación y el (auto)control juegan un papel central en los modos disciplinarios y de producción de valor actuales. Y en un presente pandémico internacional esta imagen se vuelve central para profundizar un modo de acumulación que se sustenta sobre un proceso de feminización global del trabajo y que por tanto recorta salarios, suspende derechos, aumenta subsidios y deudas privadas. Se intensifica el modo precario, flexibilizado, afecto-cognitivo e informal –sobreexplotado– que ya operaba en el trabajo reproductivo –feminizado y racializado– pero que cada vez más se derrama sobre la totalidad del mundo del trabajo y del entramado social. Es decir que la imagen en movimiento que las feministas nos interpelan a percibir es la de un capitalismo neoliberal que ha precarizado y flexibilizado nuestras vidas en un proceso sin fin de globalización de los modos feminizados del trabajo trastocando la sociedad salarial y el estado de derechos tal como lo conocíamos. Más aún, nos proponen analizar una historización del trabajo que rompe con la hegemonía salarial de un trabajador formal y sindicalizado como el modo hegemónico del trabajo en el capitalismo.

Los feminismos nos invitan a reflexionar sobre un proceso que si bien ya navegaba por los canales de la re-producción de valor y de las formas de vida y subjetividades de un capitalismo particularmente hegemonizado por las finanzas, se profundiza en nuestro continente por la crisis de los gobiernos progresistas y el avance de una derecha explícitamente neoliberal y neoconservadora. Podríamos afirmar, entonces, que más allá de que la pandemia muestre signos disrupti-

vos en los modos de nuestra existencia cotidiana, vuelve evidente aquello que las feministas vienen alertando hace tiempo al sostener que la posibilidad de comprender la crisis actual que nos atraviesa tanto en términos sociales, económicos y climáticos –crisis de la cual aún no sabemos toda su profundidad y consecuencias– radica en poder desentramar las lógicas contemporáneas de explotación, producción y acumulación de valor que se despliegan en una sobreexplotación y recorte de derechos al mundo del trabajo en general, en particular a los reproductivos, al mismo tiempo que nos interpelan a pensar su transformación. Estos problemas, fundamentalmente el del sistema sanitario pero también la organización del trabajo re-productivo en su conjunto, los modos diferenciales de violencia institucionalizada contra racializadxs y feminizadas, se viralizan en este contexto al hacer estallar, frenar y desbordar el flujo cotidiano del movimiento incesante del capital en su relación con la fuerza de trabajo, donde los estados nacionales y organismos internacionales se ven compelidos a responder frente a esta situación, tomando diferentes cursos de acción.

Para algunos gobiernos, se hace necesario apelar a la figura de un *Estado cuidador* a través de una serie de políticas populistas, socialdemócratas o keynesianas para enfrentar la crisis: la nacionalización y estatización de empresas, en particular del sistema de salud y del desarrollo agro-industrial; acudir a una serie de medidas impositivas para los sectores más ricos y al otorgamiento de subsidios los sectores más vulnerables; suspender despidos masivos de grandes empresas en determinados casos; congelar alquileres y renegociar pagos de deudas públicas. Sin embargo, estas medidas muchas veces profundizan procesos de endeudamientos privados, en particular para clases medias y populares, no detienen los despidos –incluso en el sector público–, ni las reducciones salariales y dejan en evidencia la precarización estructural de múltiples trabajadorxs que quedan por fuera del sistema laboral –subcontratadxs, tercerizadxs, pasantes, etc.–; y la falta de recursos básicos en los barrios populares. Al mismo tiempo, la lógica de un *Estados cuidador* somete a disciplina los espacios públicos desplegando mecanismos

de represión, detenciones, violencia policial y militar, y desamparo institucional fundamentalmente a trabajadorxs, informales y migrantes, racializadx y feminizadas. Para otros gobiernos se debe profundizar el actuar del Estado mediante mecanismos sofisticados y financieros de seguridad y vigilancia que apelan a la utilización de sus poderes a fin de silenciar todo tipo de disidencia y de garantizar la “propiedad privada” en sus múltiples modos, formulando un discurso neoconservador y neofascista que pregona la lógica del contagio masivo y la apatía frente a la muerte a fin de profundizar las lógicas de la ganancia capitalista.

Por otra parte, tanto para unos como para otros, son los Estados los que se ven compelidos a respaldar y a salvar del colapso a bancos y a empresas, estatizando sus deudas por ejemplo o personalizando cada vez más los costos de la reproducción social, como sucedió en la crisis del 2008. En este sentido, y más allá de determinadas políticas concretas de cada gobierno, el Estado continúa asumiendo una lógica empresarial flexible y el lugar de reproductor del modo de acumulación por desposesión de manera más explícita (neo-extractivismo, narcotráfico, financiarización, políticas securitarias represivas, recorte y suspensión de derechos, subsidios y deudas). Acumulación que se da a través de un proceso de extracción de plusvalía absoluta, caracterizada por la mercantilización y la empresarialización de los activos públicos; la financiarización de la vida; la gestión y manipulación de las crisis; la redistribuciones estatales mediante la gestión de la deuda y el sistema crediticio (Harvey, 2007). Estas lógicas de acumulación, que resolvió el problema respecto a la realización del capital mediante un sistema estatal y paraestatal de crédito y deuda durante décadas de neoliberalismo, muestra ahora sus límites y por ello el intento de apalea la crisis pandémica mediante medidas redistributivas, impositivas –a los ricos–, nacionalización de los sistemas de derechos básicos, no es tarea sencilla y realizable en el corto plazo si no se profundiza desde los gobiernos un proceso de transformación de las actuales lógicas estatales y de los mecanismos de acumulación de capital.

El problema de la reproducción social es central en esta etapa, como nos advierten las feministas, dado que interpela a la relación misma entre la producción de una determinada fuerza de trabajo que es generada en términos de sexo-género y raza, y la producción de subjetividades en todos sus ámbitos de socialización. Esta relación muestra la producción de subjetividades machistas, clasistas y xenófobas, donde la reproducción de la fuerza de trabajo no solo exige la producción de su calificación y cualidades diferenciadas, sino la re-producción de la sumisión de lxs trabajadorxs a las reglas del orden neoliberal establecido. Uno de los mecanismos contemporáneos, y que se ratifican en tiempo de COVID-19, en nuestra región y en particular en nuestro país, son los subsidios sociales. Como afirma Gago, es fundamental que podamos caracterizar su rol en esta etapa, dado que son centrales en la relación existente entre finanzas y reproducción social: “Las finanzas se ‘aterrizan’ así en las economías populares: es decir, en aquellas economías surgidas de los momentos de crisis, nutridas por las modalidades de autogestión y trabajo sin patrón, y explotan las formas en que las tramas subalternas reproducen la vida” (Gago, 2019:75).

De este modo, se advierte en amplios sectores populares y de clase media el pasaje del salario al subsidio o al ingreso informal e independiente y sus tejidos ya financiarizados, que son centrales tanto para la reproducción de la fuerza de trabajo y de las subjetividades, como para la producción de valor. Estos procesos generan una crisis en aquello que Federici denominaba patriarcado del salario, produciendo una fractura diferente en la relación generizada interclase. Puesto que, la crisis del salario, acentúa una “desestructuración masculina [que] se amplifica [...] por la vía de politización de las tareas reproductivas que se desconfinan del hogar, derramándose a un terreno social ampliado y logrando un nuevo prestigio social que es encarnado en liderazgos feminizados” (Gago, 2019:130). Y se produce una compasión del hogar donde los ingresos son un cúmulo familiar de salarios y/o subsidios.

Si rastreamos las continuidades que resalta el momento actual respecto a los modos del trabajo en tiempos neoliberales encontraremos que el teletrabajo, la informalidad y la precariedad laboral, el trabajo independiente –sin salario y escasos derechos–, el subsidio privado en las clases medias y populares –principalmente para bienes primarios– y la deuda doméstica son los modos moleculares actuales en el proceso de valorización del capital, al mismo tiempo que juegan como disciplinadores de la mano de obra –hacia dentro y hacia afuera de las relaciones de clases– incluso para la asalariada. Por tanto, la lógica neoliberal del trabajo atenta no solo contra la posibilidad de reproducirnos diariamente y restringe nuestra capacidad proyectiva al someternos a los mecanismos de deuda –a futuro–, sino que arremete en tiempo presente contra nuestros modos organizados de resistencia: al disminuir la sindicalización y recortar, reprimir o prohibir asambleas y movilizaciones laborales y callejeras. Lógica de explotación y opresión del trabajo que se sitúa en la historia capitalista del trabajo doméstico en particular y en la precariedad del trabajo reproductivo en general (Federici, 2013).

Por ello, lo que este proceso pandémico nos muestra es cómo esas lógicas se profundizan y se derraman sobre todo el mundo del trabajo. Por un lado, al meternos hacia adentro –*quedate en casa*– se fractura aún más la barra que separaba al trabajo productivo del reproductivo, solapando el tiempo de trabajo para la reproducción y el tiempo explotado de la fuerza de trabajo. Al mismo tiempo que solapa las diferencias de clase respecto a la conformación de los hogares y los tránsitos callejeros, así como las relaciones barriales y vecinales. También, se retrocede en el reconocimiento de la cualidad de trabajo de múltiples tareas volviéndolas a invisibilizar –fundamentalmente racializadas y generizadas–, al tiempo que aumentan los índices de las violencias institucionales, machistas y xenófobas.

Por otro lado, los trabajos que son compelidos a salir hacia afuera enfrentan procesos agudos de sobreexplotación –principalmente los reproductivos y de cuidados (salud, alimentos, educación)–; se recorta derechos laborales –como licencias especiales, jornadas claras de trabajo, paritarias, entre otras–; se expone

la vida de trabajadorxs, sus familias y entornos al no cumplir con las medidas de seguridad y cuidado. En definitiva, para múltiples ámbitos del mundo el trabajo, ya sea para lxs que se ven obligadx a ir hacia dentro o permanecer en el afuera, se profundizan los mecanismos de financiarización de la vida, se suspenden o recortan salarios, se profundizan y crecen los despidos o las no renovaciones de contratos, aumentan las deudas privadas.

Por ello, es un contexto interesante para escuchar a los feminismos que apuestan por un análisis que amplíe la noción misma de trabajo, desbordando la categoría de trabajo asalariado que ha subsumido a su ámbito el debate sobre el sujeto revolucionario. De este modo, los feminismos marxistas nos proponen comprender una dinámica de la lucha de clases que incluya a las luchas trabajadoras más allá del salario y de las condiciones laborales. Feminismos que nos permiten recuperar no solo un presente dinámico de la noción de clase proletaria, sino una historia que comprende al trabajadxr asalariadx como explotadx pero evidencia el privilegio del salario y su colonialidad frente a un sector de la clase racializado y feminizado. En las colonias y en los hogares el salario es lo que cabe históricamente al blanco, al masculinizado, al heterosexual. El trabajador como sujeto jurídico, como ciudadano vendedor de una mercancía, que desde la óptica del derecho del capital exhibe una igualdad allí donde no solo hay una relación de explotación sino un diferencial de explotación y dominación interclase. El resto de la clase, la mayoría, es tomada como un recurso –cuasi natural– que puede ser explotado y dominado hasta morir –como los femicidios en Ciudad Juárez, por ejemplo–, al mismo tiempo que funcionan como disciplinamiento de la mano de obra asalariada para bajar sus costos y recortar derechos.

Una vez considerada esta perspectiva podemos afirmar que la informalidad, la precarización y la flexibilización laboral, que las feministas denunciaban sobre el trabajo doméstico y reproductivo, feminizado y racializado, no solo se reprodujo exponencialmente durante la era global neoliberal, sino que además encontró nuevos canales de transmisión y espacialidades de producción.

Proceso que deviene central en las lógicas actuales producción de valor, y que vuelve cada vez más borrosa la línea que separa las actividades y esferas generadoras de valor de aquellas que no lo generan, volviendo obsoletos los parámetros basados en diferentes tipos de tareas y los modos de remuneración. Sin embargo, esto no sigue al argumento sostenido por cierto marxismo que afirmaba que en el desarrollo del capitalismo las distinciones de género y raza desaparecerían por el mismo desarrollo de las fuerzas productivas, sino todo lo contrario: estas dinámicas complejas de valorización del capital suponen el sostenimiento de las distinciones de sexo-género, raza, edad, nacionalidad hacia dentro de la clase trabajadora, y se afirman sobre diferentes procesos reproductivos y laborales.

III. A modo de cierre

Pensar el problema reproductivo desde estos feminismos nos permite advertir cómo bajo la lógica neoliberal –y en particular en momentos de pandemia global– todos los espacios parecen haber sido colonizados por el capital⁸ creando la sensación de lugar imposible para la resistencia. Fenómeno que adquiere su materialidad en las esferas reproductivas que han devenido los lugares centrales en los procesos de generación de valor y producción de capital: al ser el epicentro de circulación de las finanzas y la deuda doméstica, al mercantilizar nuevos espacios, al expandir la lógica precaria e informal, al reforzar directamente los patrones de control del trabajo, al generar un proceso de expansión de las tasas de explotación y al ir absorbiendo la externalización sistemática de los costos reproductivos del capital en las casas, los barrios y las comunidades –poniendo a trabajar fundamentalmente a feminizadas y racilizadxs como un subsidio para el capital–.

⁸ Incluida la propia subjetividad y los sueños como sugiere Rolnick (2015), bajo el régimen farmacopornográfico como afirma Preciado (2008).

En definitiva, el capital necesita producir destructivamente sus canales de re-producción, cosas que hace, como dice Rosa Luxemburgo (1968), desde sus orígenes pero no por ello los procesos de resistencia han cesado de generar múltiples modos de fuga sino todo lo contrario. En el capitalismo neoliberal, el capital para poder reproducirse necesita colonizar e insistir en la captura – mediante las finanzas, la deuda, la violencia y la guerra– de los procesos de resistencia que se dan en las espacialidades reproductivas. En nuestro continente, con el surgir de las nuevas derechas y mediante la aceleración de la crisis a nivel global acentuada por la pandemia se ha profundizado este peculiar modo de acumulación del capital que, como vimos, se basa en la producción de una fuerza de trabajo cada vez menos asalariada, más heterogénea e informalizada, que se encuentra sumida en una miseria creciente y expuesta a una precarización contante y violenta de su existencia (Segato, 2016; Falquet, 2017; Lorey, 2016). Pero que al mismo tiempo que el trabajo vivo pierde los canales asalariados de la resistencia –derechos laborales y sindicalización– va creando nuevas redes y modos organizativos de lucha que escapan a los procesos de captura y garantizan colectivamente su reproducción.

Por otro lado, estos feminismos nos habilitan a comprender que el problema de la reproducción social no solo se subsume en la noción de cuidados – tan compleja y polémica dentro de los debates feministas actuales–, ni solo se restringe al ámbito doméstico, sino que abarca a la reproducción de la vida y a las relaciones capitalistas a la vez. Es decir, refiere tanto a la producción de lxs trabajadorxs y las múltiples formas subjetivas, como de la fuerza de trabajo y del capital. De este modo, en el proceso global de pandemia, se profundiza la precarización e informalización del mundo del trabajo y se acentúa la producción de subjetividades regidas bajo la lógica de la desconfianza, la competencia, el punitivismo y la moralina xenófoba y racista que organiza “individuos responsables de sí”. Pero lo que estos feminismos vienen a mostrar es que se si bien ahora horroriza la muerte espectacularizada, los cuerpos arrojados a las

calles y en fosas comunes, y sobre todo la exposición al peligro que acecha en la intemperie, estos modos son moneda corriente en la vida precaria de feminizadas, migrantes y racializadx. Por tanto, la inmunidad se encuentra en estos lugares fronterizos donde se sabe habitar el peligro, organizar los miedos y los cuidados colectivos de resistencia incluso en las mayores situaciones de aislamiento y riesgo.

De este modo, pensar el presente desde el debate feminista de la reproducción social permite visualizar, a diferencia de una imagen igualitaria y democrática del virus, la gestión bio-política de nuestros cuerpos y subjetividades de manera diferencial según raza, clase, género, nación y edad. Permite hacer visible que el “riesgo” de contagiarnos, de contraer el virus, no es igual ni el mismo para todxs. En definitiva, nos invitan a pensar que si el virus se mueve como el capital, transnacional y desterritorializado, lo hace también porque su gestión y su circulación están signados por las lógicas nacionales y soberanas que organizan los modos de la vida y la muerte y de declarar la guerra. Más aún que cuando se gestionan las políticas securitarias que nos confinan a lo doméstico o nos exponen sin más a la intemperie, se invisibiliza que no son las mismas para todxs. Por tanto, si el virus es entonces como el capital, los cuerpos se producen como la fuerza de trabajo, obligados siempre a migrar –hacia dentro o hacia afuera–, cargados de fronteras, muros, cárceles, muerte y desidia.

Pero pensar un futuro ya no clausurado bajo la lógica del capital es aquello que nos proponen los feminismos a través de una apuesta por ensayar estrategias socio-económicas colectivas alternativas de la organización de la vida y del trabajo re-productivo que denuncien la destrucción ambiental y la necro-política que ponen a trabajar a determinados cuerpos y a la naturaleza toda bajo lógicas destructivas de despojo. Apuesta que nos abre a la posibilidad de ensayar modos organizativos de resistencia que trastocan las viejas recetas emancipadoras, y que tengan a la energía revolucionaria, libertaria y democrática, al decir de Rosa Luxemburgo, como el principal componente de la lucha. Que se organice, como

la huelga feminista, reconociendo los múltiples modos del trabajo, y que sea plurinacional e internacional. Que habite la diferencia y no la anule. Que incorpore los debates del ecofeminismo y que critique toda forma de producción de *commodities* mediante la extracción de la megaminería y de los agronegocios. Que comprenda a la militarización, como campo de acumulación del capital, sobre todo en los espacios que incesantemente se fugan de él. Que produzca otros modos de relaciones sociales que no pretendan esconder y que denuncien la opresión, la desigualdad, el privilegio y la explotación. Pero que no pida seguridad y punitivismo. Sino que suponga otra organización de la vida que no conocemos aún pero que, como un virus, aprende a mutar entendiendo que lo importante son los senderos y las derivas subjetivas que asumamos colectivamente en los procesos de transformación.

Bibliografía

- Arruzza, Cinzia. “Reflexiones sobre el género. ¿Cuál es la relación entre el patriarcado y el capitalismo? se reabre el debate”. *Revista Sin permiso*, 2016.
- Arruzza, Cinzia y Bhattacharya, Tithi, “Teoría de la Reproducción Social. Elementos fundamentales para un feminismo marxista”, *Revista Archivos* (8),16, 2020, pp. 37-69.
- Bhattacharya, Tithi y Varela, Paula, “Sobre género y clase. Entrevista a Tithi Bhattacharya”, *Ideas de Izquierda* (44), 2018. Disponible en: <https://laizquierdadiario.com/Sobre-la-relacion-entre-genero-y-clase>.
- Butler, Judith. *El género en disputa*. Barcelona: Paidós, 2007.
- Davis, Angela. *Mujeres, Raza y Clase*. Madrid: Akal, 2005.
- Delphy, Christine. “Por un feminismo materialista. El enemigo principal y otros textos”, *Cuadernos inacabados* (2), 3, Barcelona: La Sal edicions de les dones, 1985.
- Derrida, Jacques. *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional*. Madrid: Trotta, 1995.
- Expósito, Julia. *El marxismo inquieto*. Buenos Aires: Prometeo, 2018.
- Falquet, Jules. *Pax Neoliberalia*, Buenos Aires: Editorial Madreselva, 2017.
- Federici, Silvia. *El Patriarcado del salario*, Buenos Aires: Tinta Limón, 2018.
- Federici, Silvia. *Revolución en punto cero*, Madrid: Traficantes de sueños, 2013.
- Federici, Silvia. *Calibán y la bruja. Mujeres cuerpos y acumulación*

- originaria*. Buenos Aires: Tinta Limón, 2015.
- Ferguson, Susan. “Las visiones del trabajo en la teoría feminista”, *Revista Archivos*. Buenos Aires, (8), 16, 2020, pp. 17-36.
- Fortunati, Leopoldina. *El arcano de la reproducción*. Madrid: Traficante de Sueños, 2019.
- Fraser, Nancy, Bhattacharya, Thini y Arruzza, Cinzia. *Manifiesto de un feminismo para el 99%*, España: Editorial Herder, 2019.
- Fraser, Nancy. “Tras la morada oculta de Marx”. *New Left Review*, 2014.
- Fraser, Nancy. “Las contradicciones del capital y los cuidados”. *New Left Review*, 2015.
- Gago, Verónica. *La potencia Feminista*, Buenos Aires: Tinta Limón, 2019.
- Gago, Verónica y Caballero, Lucy. *Una Lectura feminista de la deuda*, Buenos Aires: Fundación Rosa Luxemburgo, 2019.
- Guillaumin, Colette, Tablet, Paola y Claude Mathieu, Nicole. *El patriarcado al desnudo*. Buenos Aires: Brecha Lésbica, 2005.
- Harvey, David. *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal, 2007.
- Henault, Mirtha y Lorgia Isabel. *Las mujeres dicen basta*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Mujer, 1972.
- Lugones, Maria. “Colonialidad y Género”. *Tabula Rasa*. Bogotá (9), 2008, pp. 73-101.
- Luxemburgo, Rosa. *La acumulación de capital*. Buenos Aires: By Editorial, 1968.
- Lorey, Isabel. *Estado de inseguridad*. Madrid: Traficante de sueños, 2016.
- Marx, Karl. *El Capital, Tomo I libro I*. México: Siglo XXI, 2002.
- Mezzadri, Alexandra. “On the value of social reproduction”. *Revista Radical Philosophy*. (Traducción Paula Varela y Antonio Oliva, 2019), inédito, S/D.
- Mies, María. *Patriarcado y acumulación a escala mundial*. Madrid: Traficante de sueños, 2018.
- Preciado, Paul. B. *Testo Yonqui*. España: Editorial Espasa, 2008.
- Rolnik, Suely y Guattari, Felix. *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Madrid: Traficante de sueños, 2015.
- Scholz, Roswhita. “El patriarcado como productor de mercancías. Tesis sobre capitalismo y relaciones de género”. *Constelaciones. Revista de teoría crítica*, (5), 2013, pp. 44-60.
- Sazbón, José. *Historia y representación*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes Ediciones, 2002.
- Segato, Rita. *La guerra contra las mujeres*. Madrid: Traficante de sueños, 2016.